vinetur

El cambio climático ya empuja el mapa del vino hacia zonas más frías

Regiones tradicionales pierden condiciones de cultivo por calor, sequía e incendios

miércoles 16 de septiembre de 2026



Una investigación firmada por Andrew Dowdy, Hamish Clarke y Kathiana Luk concluye que el cambio climático de origen humano ya está modificando las condiciones de cultivo de la vid en varias regiones del mundo y obliga a replantear dónde se plantan

los viñedos y qué uvas se cultivan. Para el sector de bebidas, el efecto potencial va más allá del campo: puede alterar el perfil de los vinos, la regularidad de las cosechas y la estabilidad de la oferta.

Los autores sitúan el problema en un verano europeo de 2026 muy caluroso, con sequía e incendios de gran alcance. En varios puntos del continente, el fuego ha destruido centenares de viviendas y ha obligado a evacuar a miles de personas. Entre las zonas afectadas figuran comarcas vitivinícolas próximas a Burdeos. A los daños directos se suma otro riesgo para las bodegas: la exposición al humo puede dejar sabores a quemado o ceniza en la uva, un efecto que, a juicio de los investigadores, también puede frenar la compra de vinos procedentes de áreas afectadas por incendios.

La presión no se limita a Europa. El análisis recuerda que productores de Australia, California, Chile y Sudáfrica trabajan en condiciones más cálidas y secas que en décadas anteriores, lo que aumenta su exposición al fuego. En California, los autores vinculan parte de la gravedad de los incendios recientes a la menor humedad atmosférica asociada al cambio climático. En Australia, añaden, los incendios forestales se han hecho más frecuentes en las últimas décadas por el calentamiento del planeta.

El núcleo de la investigación se centra en cinco grandes regiones vinícolas australianas: Barossa Valley, en Australia Meridional; Hunter Valley, en Nueva Gales del Sur; Margaret River, en Australia Occidental; Yarra Valley, en Victoria, y Tamar Valley, en Tasmania. Para medir cómo han cambiado las condiciones, los investigadores analizaron observaciones de lluvia y temperatura desde 1940.

El resultado, según los autores, es claro: en comparación con décadas anteriores, esas zonas tienen ahora más probabilidades de registrar tiempo más cálido y seco, también durante la fase principal del cultivo de la uva, que coincide con los meses de más calor. Ese cambio reduce el margen de maniobra de los viticultores y, en términos prácticos, empuja a buscar latitudes más al sur o viñedos a mayor altitud para mantener condiciones parecidas a las que antes se consideraban adecuadas.

Ese tipo de decisión tiene consecuencias directas para las bodegas. La ubicación del viñedo define la maduración de la uva, el grado alcohólico, la acidez y el estilo final del vino. También condiciona inversiones de largo plazo, porque cambiar de parcela, modificar sistemas de riego o sustituir variedades requiere tiempo y recursos. En un sector donde la continuidad de la cosecha es básica para contratos, marcas y exportaciones, una alteración repetida del clima puede afectar a la planificación territorial y a la gestión del riesgo.

La adaptación ya está en marcha. Los investigadores citan medidas para usar el agua con más eficiencia, como la plantación de cubiertas vegetales y la prueba de nuevos sistemas de riego. Otra vía es cambiar de variedad. En el valle chileno del Biobío, por ejemplo, temperaturas más altas podrían favorecer uvas adaptadas al calor, como semillón o tempranillo, frente a otras que han sido habituales en la zona, como pinot noir y riesling.

El traslado de viñedos es otra opción analizada en el estudio. Mediante modelos climáticos, los autores buscaron regiones que en el futuro podrían ofrecer un clima parecido al que hoy necesitan las variedades de uva más plantadas y extendidas. En Australia Occidental, uno de los resultados que citan es que ninguna parte del estado parece encaminada a desarrollar un clima similar al que tuvo Margaret River. El lugar más próximo sería la región de Grampians, en Victoria, al otro lado del país.

Esa conclusión apunta a una reordenación del mapa del vino. Los investigadores sostienen que el cambio climático puede favorecer la aparición de nuevas zonas productoras en lugares donde antes no existían esas condiciones. Ponen como ejemplo a algunos viticultores ingleses, que ya cultivan uvas antes limitadas a la región francesa de Champaña y han impulsado una rápida expansión del vino en el Reino Unido. En Australia, añaden, Tasmania podría salir beneficiada si las condiciones locales pasan a ser más favorables para la producción.

El estudio no presenta un reparto uniforme de pérdidas y ganancias, pero sí deja una idea de fondo: muchas regiones tradicionales pueden perder parte de las condiciones que las hicieron aptas para la vid, mientras otras ganan terreno. Para productores y distribuidores, eso puede traducirse en cambios de origen, nuevas zonas de

abastecimiento y una revisión del catálogo de variedades. También puede influir en la estabilidad del suministro, sobre todo en campañas marcadas por calor extremo, falta de agua o incendios.

Los autores sostienen que la supervivencia a largo plazo de muchas regiones vitícolas depende de reducir las emisiones de gases de efecto invernadero. Al mismo tiempo, consideran que las bodegas pueden adaptarse con uvas más tolerantes al calor y, cuando sea viable, con el traslado a otras áreas. No se trata solo de responder a una campaña mala, sino de decidir si una zona podrá seguir produciendo dentro de varias décadas.

Junto al calentamiento del planeta, el análisis recuerda que hay otros factores climáticos que pesan sobre la viña. Uno de ellos es El Niño-Oscilación del Sur, un patrón ligado a cambios en la temperatura del océano Pacífico y en los vientos. Los investigadores señalan que un episodio intenso de El Niño eleva en Australia la probabilidad de una primavera y un verano cálidos y secos, sobre todo en el sur y el este, lo que agrava el peligro de incendios. Aun así, matizan que algunas regiones pueden registrar episodios húmedos.

La combinación de océanos más cálidos de lo habitual, menos humedad y temporadas de fuego más activas añade incertidumbre a un cultivo que depende de equilibrios muy finos entre temperatura, agua y tiempo de maduración. En la práctica, la elección de una variedad, la altitud del viñedo o el acceso al agua deja de ser una cuestión puramente agronómica y pasa a marcar decisiones empresariales de primer orden para el vino.